EL PROFESOR ESCRIBE EN LA PIZARRA / El colegio es una institución social de formación y convivencia humana... llega al extremo derecho, da unos pasos al lado contrario y antes de continuar, juguetea con la tiza entre sus dedos y vuelve la cabeza hacia sus alumnos que están copiando en sus cuadernos. Entonces sorprende a dos cuchicheando, ambos alumnos ríen y el profesor súbitamente se enfada. Piensa: «¿Qué puede ser más importante ahora que el tema de mi clase?».

Se acerca a ellos y les pregunta, en voz alta y con fingida curiosidad, cuál es el buen chiste que han estado contándose. «Vamos, compártanlo», les anima, «todos queremos oírlo». Ignora que es mentira, que a ningún chico le interesa reírse en esas condiciones. El profesor cruza los brazos, ha endurecido el ceño. Los apura con una frase que pronuncia lenta y enfáticamente: «Queremos escuchar el chiste». Los chicos titubean, se miran; uno dice: «No era nada, profesor» y repite: «Nada, profesor, nada», en momentos que el otro superpone una torpe evasiva: «Comentábamos el tema de la clase».

A media mañana, el profesor se siente derrotado. «¿Por qué tuve que insistir?», se dice una y otra vez. Era

evidente que no comentaban el tema de la clase y por qué, entonces, tuvo que ponerse majadero y perder las dos horas esperando la explicación. ¿No era que su clase era lo más importante? Hace años leyó un buen poema titulado «Profesora de Lengua y Literatura». El título llevaba un minúsculo agregado que le llamó la atención. Lo recuerda bien: «Profesora de Lengua y Literatura - Ex». Se dirige a la biblioteca y lo busca en una antología de poesía peruana¹. «Es un testimonio bastante descorazonado», se dice después de leerlo un par de veces. Es también como se siente: bastante descorazonado.

Van a ser nueve años que enseña en el colegio. Terminó sus estudios de pedagogía, trabajó dos años como promotor en una editorial y luego consiguió este trabajo a tiempo completo. Acaba de ingresar a la maestría de Literatura y está por cumplir treinta y cinco años. «La edad a la que Dante se refiere en el primer verso de la Divina Comedia», respondió orgullosamente cuando una alumna le preguntó su edad. Ella lo desalentó: «Ya estás tío, profe». Ha escuchado decir a sus colegas, bastante mayores que él, que la docencia hay que tomarla con calma. «A media caña, maestro», le dicen. Él no puede contener su apasionamiento y prepara sus clases, presta libros sin recelo, promueve los juegos florales del colegio y, cuando lee en voz alta en el salón —prefiere hacerlo que dejárselo a sus alumnos—, vive intensamente cada texto como si representara una obra teatral.

Ese ímpetu lo echa a perder, por eso se altera. Aún no ha aprendido a ponderar, a comprender mejor su en-

¹ Poema de Rossella Di Paolo, en su libro *Piel alzada* (1993).

trega de profesor ni a ponerse en la piel de sus alumnos. Cree que es un estigma personal que lo perseguirá siempre, aunque lo consuela pensar «mejor así, que pasar olímpicamente por este noble oficio». Aunque esa mañana se le pasó la mano: ha castigado ejemplarmente a los dos chicos por distraerse en su clase. «Por estar en Babia», les dijo y los mandó a leer *Crimen y castigo*, de Dostoievski. No está mal la sentencia: una novela clásica del siglo XIX, sobre conflictos de conciencia, de unas seiscientas páginas y para la próxima semana. ¡Menudo castigo! Pero, acaso, ¿es tan grave distraerse? ¿Qué pasaría si lo sorprendieran pensando en las musarañas —que es lo que suele hacer—cuando asiste a las reuniones de profesores? ¿Y si alguien supiera que está en las nubes, aunque no parezca, cuando controla las pruebas de sus alumnos?

Es una lástima que el profesor —que tiene un bagaje considerable de lecturas— no haya leído a Bruno Bettelheim. Le bastarían estas líneas del libro *Educación y vida moderna* (1982:33):

Cuando el maestro empiece a pensar en las presiones bajo las que se encuentran los niños y en lo que él puede hacer al respecto, en vez de preocuparse de la presión que él mismo siente, encontrará por sí mismo el modo de aliviar la que los niños ejercen sobre él y todo el mundo estará mejor. Para comprender eso y actuar de acuerdo con ellos no hace falta ser un maestro insólitamente inspirado: bastarán los maestros corrientes a quienes se haya ayudado a entender lo que ocurre.

Es viernes, está más calmado y tiene el fin de semana para recuperar el sueño acumulado. Han pasado dos días del episodio. Es seguro que sus alumnos no lo han olvidado, tal vez para algunos —no solo para los implicados— adquiera en el futuro una dimensión significativa y su noción de autoridad tenga como punto de apoyo aquella experiencia de la escuela; cuántas experiencias más tendrán que resistir sus alumnos, en las que alguna travesura o descuido provoque una reacción excesiva de la profesora o del profesor.

Él reflexiona cosas así, aún mortificado consigo, mientras sorbe un café y observa distraídamente por la ventana de la sala de profesores. Los chicos están en recreo, unos conversan y otros juegan a la pelota; a todos los nota felices, devueltos a sus aires. Se pregunta de qué bando preferiría estar: si vigoroso, corriendo como un gamo, dándole a la pelota con toda la energía de la adolescencia; o más bien paseando por los márgenes del patio, ojos vivaces y manos en los bolsillos, contándose asombrosas historias con los amigos. No lo sabe, pero sí recuerda que por entonces la pasó bastante bien.

El fin de semana procurará aclarar su posición frente a los alumnos sancionados. Ha pensado que si no terminan de leer, podría ponerles un cero bien redondo. O tal vez darles una oportunidad... pero si se limitan a repetirle el argumento de la obra, extraído de alguna página de la red, entonces pondrá el grito en el cielo y los reprobará en el bimestre. «Así aprenderán los demás», ha dictaminado, pero sin ninguna convicción, porque sus pensamientos han salido confusos, como agua turbia en una cañería complicada, mezclándose con muchos recuerdos de sus años de estudiante.

Ha sido curioso, porque los creía enterrados para siempre. Casi veinte años que terminó el colegio y precisamente ahora, que tiene que resolver este problema, aquellos recuerdos se han agolpado e impuesto tenazmente. Lo han asaltado el resto del día y en distintos momentos, de camino a un salón o en plena clase, ha sonreído como un tonto al evocar alguna barrabasada o se ha preguntado por algunos compañeros cuyos rostros aparecen borroneados en su memoria.

De pronto, cuando se disponía a salir, lo ha sobrecogido un incidente del pasado que tenía tan bloqueado que podría jurar no haberlo vivido. Ahora se presenta nítido: es también viernes, está en tercero de secundaria y él y algunos de sus compañeros han salido bullangueros, disparados por el portón... ¿iban al cine o a jugar un partido?... no, tenían su primer quinceañero... cuando en la esquina, a dos pasos de él, un maldito carro atropelló a su mejor amigo. Cuánta desesperación en los primeros momentos. El cuerpo quieto sobre el pavimento, un hilo de sangre de los labios, llevarlo a la clínica, la sangre como una corona alrededor de la cabeza, avisarles a los papás, las manos del profesor cuando era chico manchadas de sangre, aguardar en la sala de emergencia.

Su amigo permaneció en coma más de dos semanas. El tutor del año promovió que los más cercanos lo visitaran todos los días, que siempre estuviera acompañado. «Háblenle», les decía, «estoy seguro de que él les escucha». Durante ese tiempo eterno, fueron tres chicos quienes se turnaron mañana y tarde. Mientras el profesor se encargó de disimular sus inasistencias, pues al Coordinador de Estudios le parecía un asunto inútil: «la ciencia médica

no contempla sentimentalismos», aseguraba. Al año siguiente, el tutor no continuó en el colegio —¿decisión de las autoridades?, porque a decir verdad tenía varios gestos de *desobediencia*—, pero nuestro amigo sí continuó con nosotros hasta terminar la secundaria.

«¿Quién sabe... sin nosotros... sin nuestras palabras», murmura el profesor al llegar al paradero. El colegio está a diez minutos de camino y todavía se ven grupos de chicos desperdigados por los alrededores. Los mayores pasan fumando y las chicas se han soltado el pelo, recogido la falda. El profesor ha subido al bus, se sujeta del pasamano y se pierde en el vértigo de emociones que ha vivido en el colegio. Busca nombrar con precisión esa mezcolanza de sentimientos —descubrimiento, ilusión, desengaño, lealtad...— y empieza a tener la seguridad de que la escuela es un lugar de exaltación para la memoria y, en consecuencia, territorio de privilegio para la literatura.

En el colegio se cumple una inevitable condena de once años o más y no solo se aprenden las primeras letras, sino que se comparte diariamente un escenario con adultos y con una encantada turba de chicas y chicos. Una bendita efervescencia. La secundaria es además rompederas de cabeza con operaciones algebraicas, horas de martirio escuchando las batallas, hastío de explicaciones gramaticales. Mientras chicas y chicos crecen, se enamoran, se confunden. Viven sus secretos mal guardados, sus promesas incumplidas. Festejan los apodos del profesor, ocultan el nombre marcado en la carpeta, se arriesgan al soplar en el examen. No falta quien falsifica una firma en la libreta, en tanto dos se sacan la mugre a la vuelta del colegio y otros se tiran la pera con gran estilo.

Porque con los años —que entonces parecían detenidos—, solo unas cuantas fotos de promoción y uno que otro reencuentro, cada vez más espaciado, evocarán aquellos momentos que nos parecían gloriosos y nos dirán no solo lo que fuimos en las aulas, sino cómo fueron nuestros compañeros, nuestros profesores; incluso cómo eran las carpetas, el patio de recreo y el registro del profesor / el lado oscuro del sistema. La literatura, más que la historia, registra esos episodios y vericuetos de la escuela, en apariencia leves y volátiles, que sin duda modelaron buena parte de nuestra personalidad.

El profesor abre su agenda y pone el índice en las fechas del calendario. Cuenta las semanas que faltan para terminar las clases. Se detiene en las dos últimas semanas, sabe que esos quince días son de locura: exámenes, notas, promedios. Después a disfrutar de un mes y pico de vacaciones... pero ha decidido no viajar. Al menos no en el sentido estricto: se concentrará a leer, a preparar una antología del cuento peruano sobre el colegio. Unas veinte historias, un número simbólico e incluso el libro podría titularse *La mala nota*. Ha recordado una cita de Martín Adán: «... veinte —nota sospechosa, vergonzosa, ridícula». Tal vez hasta se decida a escribir algo, por qué no. Será una manera de volver a ser un estudiante... seguramente difícil, inconforme, porque nadie quiere leer historias de alumnos dóciles.